

Fecha de recepción: marzo 2021  
Fecha de aprobación: abril 2021  
Fecha publicación: mayo 2021

## ***Ese, es maicito de Bolivia: de lo que se da y lo que se guarda en los surcos***

Noelia Soledad Lopez<sup>(1)</sup>

---

**Resumen:** La primera vez que conocí a las personas que forman una asociación de productores hortícolas en un barrio de Florencio Varela hicimos una visita a sus *fincas*. La idea de las visitas es que todos sepan cómo, qué y cuándo es tiempo de *levantar los productos* que están sembrando. Es también el momento en que cada uno se permite dar *consejos* a otros. Esa tarde la quinta de Ernestina se llevó todos los aplausos, que también se dan después de los consejos: estallaban sus berenjenas, ajíes, tomates, lechugas, ancós y batatas, todos listos para *levantar*, es decir, para ser cosechados. Hay, sin embargo, un cultivo que ella no llama producto y que es el *maicito de Bolivia*. Al final de las hileras de su hectárea sembrada, un largo surco se elevaba protector sobre el terreno plano: *¿y ese?*, le preguntamos. *Ese es maicito de Bolivia*, nos dijo Ernestina con su sonrisa sagaz y brillante. ¿Puede el maicito de Ernestina guardarse porque es de su terruño y convertirse en una “barrera viva”, poderosa técnica benefactora que cuida otros cultivos en el sistema productivo agroecológico que armó en la finca que está alquilando? Esta es una reflexión sobre cómo mi primera situación de campo se empezó a enredar, como el maíz de Ernestina en medio de los surcos, con el trabajo que durante 2020 sostuvimos en el Grupo de Estudio y Trabajo sobre Cosas Cotidianas en el que participo desde 2019 y en el que emprendimos el camino de conocer la obra de Anette Weiner. En ese enredo apareció algo que de no haber leído a Anette Weiner no hubiera podido notar: aquello que no es producto para Ernestina.

**Palabras clave:** Maíz - producción agroecológica - migraciones - simbolismo - cultura material.

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 72-73]

---

<sup>(1)</sup> Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA), maestra en Antropología Social (CIESAS-México) y doctoranda en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Becaria de CONICET con sede en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social (CIS-IDES) y docente en el Seminario de Diseño Gráfico y Publicitario de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Correo: noelia.sole.lopez@gmail.com

## Introducción

En este texto vuelvo sobre las notas de una de mis primeras situaciones de campo para pensarla a la luz de los aportes de la propuesta de Annette Weiner en su obra “*Inalienable possessions. The Paradox of Keeping-While-Giving*”. Se trata de una obra con la que entré en contacto a través del Grupo de Estudio y Trabajo sobre Cosas Cotidianas y Cultura Material del que formo parte y en el que nos dimos la tarea de leer colectivamente a esta autora durante un año particular: el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio que vivimos durante la pandemia.

Esta situación es tan inaugural que así quedó registrada en mi diario de campo y todavía no se organiza a partir de claves de interacción estables o que me resulten claras con las personas que viven y trabajan en los surcos en Florencio Varela, una localidad al sur del Gran Buenos Aires. Como tuve que dejar de hacer visitas a las y los productores a raíz de la pandemia por la Covid-19, esta situación hizo que nuestras comunicaciones se volvieran digitales, menos asiduas y poco cerca del suelo.

Además, lo más probable es que cambien con el tiempo y entonces todas estas reflexiones cobren nuevas direcciones. Este es, entonces, un ejercicio exploratorio, donde la reflexión se va a mover al calor de mi vínculo con *la gente del surco*<sup>1</sup>, que es la manera en que José nos habló de ellos mismos en una asamblea en la que participé como consumidora de las verduras que ellos producen. Esa asamblea se organizó desde una experiencia de construcción de un circuito corto de comercialización de verduras a través de la entrega de bolsones con las verduras que las y los productores llaman *productos*.

Esta reflexión tiene, además, otra fuente de experiencia que es el trabajo colectivo con la obra de Weiner a través de un grupo de trabajo y de estudio donde compartimos nuestra pasión por las casas, los buques, las mantas, las carteras y los zapatos; por los radios, los galpones y la chatarra ferroviaria. La dinámica que tienen nuestros encuentros es una manera peculiar de acercarse a la apuesta de Weiner. Eso es lo que me permitió notar, cuando vuelvo a mis notas de campo, algo que hasta ese momento no había aparecido: aquello que para Ernestina no es un *producto*, como le dice a las verduras que cosecha para vender. *Ese*, el cultivo que no ingresa al circuito de intercambio comercial por el que pasan las verduras, *es maicito de Bolivia*, como nos dijo esa soleada tarde de febrero en una visita a su quinta. Y ese maicito me dio tanta curiosidad que empezó a ser la materia prima de mis intrigas actuales.

## Ese, es maicito de Bolivia

Una mañana de fines de febrero llegué a casa de la familia que me recibió después de dos horas de viaje en el 168, que avanzó desde Constitución hacia Florencio Varela de manera bastante derechita, a lo largo de la Avenida Eva Perón hasta que se hizo la ruta 53; donde ya se pueden ver las quintas llenas de invernaderos. Si prolongo lo nos dijo Don José en la asamblea, que *el suelo está lejos*, podría decir ahora que estaba haciendo el movimiento inverso a ese itinerario que hacen las verduras y al que vengo siguiendo desde hace bas-

tante poco: yo me desplazo desde mi casa en CABA hacia las quintas y ellas van de donde nacieron hacia los centros urbanos. Pienso en esa inversión y me pregunto si irremediablemente no las estaré mirando de cabeza.

En la asamblea José nos había dicho que *nosotros somos gente del surco. Lo nuestro es el viento, el sol y la lluvia*. Como era una asamblea para fijar el precio del bolsón de las verduras de invierno, yo participaba junto a otras personas en calidad de compradora de las verduras y como potencial comercializadora. El comentario, entonces, creo que nos situaba como lo que efectivamente somos: gente citadina. Podría decir que lo mío es el cemento, el alquitrán y el paraguas.

Estas verduras son muy especiales, nacen y crecen en el suelo de quintas arrendadas que tienen diez años de trabajo sostenido en sistemas productivos en transición agroecológica. La agroecología no es algo que un día se decide y entonces sucede. La palabra *en transición* es el indicio de desafíos enormes. Producir así requiere de un enorme esfuerzo de trabajo puesto al servicio de la comunicación con el ambiente (Altieri y Nicholls, 2000). No se trata, como se suele pensar, de *no echarle remedios* (químicos) a las quintas. Es una decisión que reconfigura toda la dinámica productiva, porque redobla el trabajo, requiere de mucho contacto con la tierra, del conocimiento de técnicas específicas de cultivo y del trabajo de todas las unidades domésticas. Imagínense lo que es implementar semejante sistema productivo en quintas que se alquilan a través de contratos de dos años, como mucho.

Muchas familias que conocí durante mi primera visita residen hace varios años en Argentina; tienen lazos que se arman con Bolivia a partir de los ires y venires hacia distintas regiones y provincias; y muchas no son propietarias de los terrenos en la localidad. Creo que nadie sabe más del itinerario de las verduras y de los circuitos de producción y de intercambio entre zonas y regiones que estas familias agricultoras. Ellas tienen sus propias modalidades de vivir el intercambio y estoy interesada en conocerlas.

Esa tarde de febrero, —el día después de los días más importantes de carnaval<sup>2</sup>—, hice mi primer recorrido junto a las y los productores de la asociación en una visita a sus quintas, algo habitual en la dinámica de trabajo de las unidades domésticas que forman la asociación. El momento de la recorrida es crucial, porque se relevan los cultivos que están listos para ser *levantados*, es decir para cosechar; y porque ellos serán los que formen parte de los bolsones. También es un momento donde se comparten consejos y se echan a andar los rumores, que circulan como los aplausos al final de los recorridos. Allí se repasa lo que se vio, se contó y se tocó durante los caminos por los surcos. En cada visita las conversaciones intercalan comentarios acerca de cómo están las berenjenas con aquello que pasó con un hermano que viajó a Potosí y descuidó las frutillas. También se charla sobre qué hacer con la arañuela de los tomates, si echarles o no diatomea —un fertilizante agroecológico—, o si hay que esperar un poco más a las calabazas que están al lado de las papas del aire. En esas visitas mi presencia citadina se hizo evidente en pasos torpes y cordones desatados, y después de los consejos siempre me llevé alguna verdura de regalo de las fincas.



**Figura 1.** “Durante una visita a las quintas”.

La finca de Ernestina es una de las quintas *grandes* y está llena de cultivos, muchos listos para *levantar*. Después de recorrer los primeros surcos que están *cubiertos de plástico* – invernaderos– a donde crecen varias hileras de tomates peritas; seguimos la senda para entrar en una hectárea donde se alternan surcos con berenjenas, lechugas, ajíes y morrones que contrastan en colores brillantes a contraluz de las primeras horas de la tarde. Mientras fuimos recorriendo los surcos en hilera, Genaro, otro productor a quien visitamos primero, susurró que *eso no es de diatomea*. Y un poco más adelante comentó, medio para adentro, algo así como que ese trabajo no es de una sola persona. A ese susurro Ernestina contestó para afuera, diciendo bien claro y contundente que *acá no hay medieros*<sup>3</sup>.

Así recorrimos toda la finca, hasta que al final de las hileras de su hectárea sembrada, un largo surco se elevaba sobre el terreno plano. ¿Y ese?, le preguntamos. *Ese es maicito de Bolivia*, nos dijo Ernestina con una sonrisa sagaz y brillante. Ella había viajado a Bolivia este año pero ese maicito, fruto de una semilla que venía de Bolivia, tenía más edad; así que posiblemente remita a otro viaje. Al final de nuestra visita en las rondas de consejos, a Ernestina todos le recomendaron que *deje de carnavalear* y que coseche.

Hay, entonces, algo que Ernestina planta pero ella no llama *producto*: el maicito de Bolivia. El maíz que hoy crece entre los surcos no es para vender, y me imagino que es importante en la ingesta, pero eso no lo sé todavía. Y a la vez, pienso que cumple una importante función productiva porque se vuelve una protectora barrera viva<sup>4</sup>, una técnica agroecológica destinada a complementar la nutrición del suelo que beneficia a los cultivos que sí están destinados para la venta.

### **La paradoja de *guardar-mientras-se da*: Weiner en Buenos Aires**

Durante 2020 a lo largo de varios encuentros en los que nos conectábamos a través de una plataforma virtual, el Grupo de Estudio y Trabajo sobre Cosas Cotidianas<sup>5</sup> se dio la tarea

de encontrarse para trabajar con la obra de Anette Weiner a través de los diversos procesos por los que cada una estaba atravesando: nuestros apasionados vínculos con casas, buques, mantas, carteras y zapatos; con radios, galpones, con chatarra ferroviaria y con las verduras. Ellas y ellos nos marcaban el pulso de una lectura apasionada sobre la trayectoria y el trabajo de una antropóloga que se volvía una interlocutora cada vez más prolífica.

Por el momento en que estoy en un proceso de conocimiento situado, más que movilizar una categoría como la de posesiones inalienables para pensar el *maicito de Bolivia*, puedo intentar situar una manera de leer a Weiner atravesada por las pasiones de las personas con quienes nos relacionamos durante nuestros trabajos de campo. Porque creo que es en ese cruce de experiencias donde se da una comunicación prometedora.

En estas líneas, intentaré recuperar en qué radica el carácter paradójico del “guardar-mientras-se da” que descubre Anette Weiner durante su trabajo de campo, para presentar dos cuestiones: primero, cómo puede avanzar la reflexión desde una propuesta que me permite pensar el problema del valor desde una perspectiva existencial; y –sobre todo– cómo me propone una manera de acercarme a la actividad de las familias agricultoras centrada en las verduras y en el maíz. En ese sentido, creo que tomarse en serio la apuesta de Weiner (1992) de que “todos los valores sociales son existenciales” (p. 15) tiene consecuencias enormes para pensar los procesos de producción, de reproducción y de intercambio; e interroga a su vez las formas habituales en las que tendemos a pensar el simbolismo.

Cuando Anette Weiner revisó los trabajos antropológicos heredados a partir de los hallazgos de su trabajo de campo (Myers y Kirshenblatt-Gimblett, 2020) reanudó un debate clásico desde un lugar novedoso. Podría decir que cuando ella arroja luz sobre las cosas que otros no pudieron mirar, al mismo tiempo reabre una tradición de pensamiento para hacerle decir cosas nuevas (Merleau-Ponty, 1964). Así, el “esencialismo a priori” de la reciprocidad como principio regulador del intercambio, empieza a pensarse como una proyección de las racionalidades económicas occidentales a otras culturas. Weiner desplaza el problema del don, el contra-don y la centralidad de la obligación de devolver (Maus, 2009; Levi-Strauss, 1977; Godelier, 1998; Bourdieu, 1999) como el foco de atención –el origen del contrato– y de sus energías académicas e intelectuales. Hace esto destacando las posesiones que se mantienen fuera de circulación y que apuntalan los procesos de intercambio y las relaciones de poder y jerarquía en distintas sociedades en Oceanía. Se trata de posesiones a las que los individuos y los grupos se “aferran queridamente” (Weiner, 1992) en tanto cargan con la investidura afectiva de los antepasados y los dioses, en virtud de un proceso que llamó de “autenticación cosmológica” (Weiner, 1992) y que quedó en manos de la producción de las mujeres en la esfera doméstica. Son esas posesiones inalienables las que, al tiempo que controlan lo que se da, retienen para el futuro. Tener una posesión inalienable autentica la autoridad de su poseedor, afecta todas las demás transacciones y es significativa para otros como fuente de lo valioso. Por eso las cosas intercambiadas hablan, también, sobre las cosas guardadas (Weiner, 1992).

En tanto se invisten con todo el poder de los antepasados y los dioses, estas posesiones devienen fuentes de autoridad para otros en el presente; y son una manera de convertir la diferencia (que no es, necesariamente, siempre desigualdad) en rango y jerarquía. Entonces, es la materialidad efectiva de esas posesiones inalienables la que encarna de manera directa y sin mediaciones el sentido actual de la permanencia de un grupo. La producción

y la transmisión (Godelier, 1998) se empiezan a comunicar a través del problema de la temporalidad. Ahora es posible mirar la producción y el intercambio como dos aspectos del mismo fenómeno, en tanto es la facticidad de la vida social la que cobra un estatuto central en la obra de esta autora. Weiner (1992) afirma que son las paradojas de la vida las que “contienen las semillas de los primeros principios” (p. 5) y ese –creo yo– es el movimiento fundamental. Porque desde ese momento son las ambigüedades más existenciales el fundamento de los esfuerzos humanos en su lucha contra el deterioro. Esa pelea por persistir, –Spinoza diría por perseverar en el ser– parece fundamental para cambiar. Con la paradoja de guardar-mientras-se da, Weiner hace mucho más que tirar abajo un principio para edificar otro; está intentando disolver una aporía, para encontrar directamente en la experiencia el juego entre el cambio y la permanencia.

Tomar esas posesiones que se sacan de circulación como tema de estudio supone desgarrar sus historias, interrogar cómo se constituye para alguien lo valioso y cómo en su movimiento a través del tiempo y el espacio se vuelven depósitos inigualables de riqueza. Esto evoca lo que Weiner llama un “simbolismo generalizado”, algo que no parece ser un efecto ideológico como sugiere la trasmutación de lo simbólico, por ejemplo, en la obra de Bourdieu (1980), porque no “oculta” un sentido que estaría por afuera de la materialidad efectiva de las cosas.

Es por eso que mi interés de investigación desde este momento es seguir a las verduras (que se venden y se regalan) intentando estar lo más cerca posible del maicito (que se guarda). Me interesa conocer de sus naceres, de la tierra en la que se plantan y crecen y de cómo el producto del trabajo de estas familias entra en circuitos de producción y consumo específicos que están ligados –realmente no sé todavía bien cómo– a una manera de vivir que es propia de los itinerarios de *la gente del surco*.

Sigo a estas verduras porque son el producto de la transformación del ambiente en su interacción con el trabajo humano; porque son protagonistas en los procesos de intercambio en los que se inscriben y porque son apetecibles para la gente como yo, ciudadana, digamos. Esto está ligado al problema de la creación del valor. Y a la pregunta de si el atributo de cambiabilidad encarnado en las verduras puede existir “antes” de que se realice en el intercambio, en la medida en que encuentra su fuente en un trabajo que está hecho para otros, que se protege con trabajo que se hace para uno mismo y el grupo.

Estas cuestiones se hilvanan al tema de la inseparabilidad de la producción y el intercambio, dos “momentos” que aparecen escindidos si se miran desde una concepción cronológica del tiempo –como si fuera una línea–. Poner en juego una temporalidad y una espacialidad vividas, en el sentido de existenciales, podría habilitar a describir cómo algunos cultivos retienen en el presente, sentidos que se enlazan al pasado de las personas; como si lo tuvieran adelante (Rivera Cusicanqui, 2018).

## Volver al surco

Estas reflexiones se enhebran a partir de dos fuentes de mi experiencia, la vuelta sobre las notas de campo que hablan de mi relación con *la gente del surco* y el trabajo de una autora

como Weiner y cómo nos acercamos a ella en el grupo de estudio. Se trata de pensar un trabajo que está en proceso y de contar cómo empieza a enredarse mi trabajo de campo con los trabajos de otras mujeres, el de Ernestina, el de Weiner y el de mis compañeras de grupo. Y también se trata de contar lo que se va tejiendo metodológicamente como un modo de acceder a lo que me propongo conocer: las maneras en que las y los productores viven lo que hacen; qué significa para ellas y ellos haber tomado la decisión de producir *en transición agroecológica* en el periurbano y cómo esa actividad está en comunicación con la historia de sus propios itinerarios, de sus ires y venires entre países, regiones y provincias. No sé si el *maicito de Bolivia* es una “posesión inalienable”; pero sé que Weiner me invita a destacar algo que es importante para Ernestina y que sin una lectura apasionada sobre su obra, no sé si yo hubiera podido notarlo.

## Notas

1. En este texto utilizo bastardillas para referirme a expresiones que usan las y los productores.
2. Pasé esas fechas en Lugano, en un galpón frente de una Asociación Boliviana frente al Club Deportivo Español que es el club al que fui de pequeña en el barrio en el que nació. Allí, me encontré a varios grupos bailando Morenadas, y cuando se los comenté a las y los productores ese día, Genaro, que es potosino y tiene una hermana peluquera que vive cerca de mi casa de la infancia abrió grande los ojos y comentó: *eso sí que es una fiesta*.
3. La mediería es una de las categorías con las que, desde la literatura especializada, se da cuenta de una forma social de trabajo no familiar (Benencia, 2009): “constituye una relación de producción que se desplaza desde una relación dependiente de trabajo no salarial, ya que su remuneración es una proporción del valor de la venta de la producción y no un salario, a una sociedad capital-trabajo donde el mediero es un socio menor y fuertemente subordinado (p. 98). Alguien más trabaja en la quinta con Ernestina, y la aclaración de que ahí *no hay medieros* me hace pensar que ella no vive así su relación con esa persona, o que no está interesada en que así la veamos los demás.
4. Las barreras vivas son cultivos que se siembran en curvas a nivel, con el propósito de controlar la erosión. Poseen la característica de que se manejan tupidas en los surcos, con alta densidad; por este motivo actúan como barreras y como cuidadoras del agua. Además, contribuyen al manejo agroecológico de lo que suele llamarse “plagas”, atrayendo bichos que se vuelven enemigos naturales de otros y polinizadores, con efectos beneficiosos en el sistema.
5. Para conocer la experiencia colectiva del grupo ver el texto de Blanco Esmoris y Ohanian (2020).

## Bibliografía

- Altieri, M. y Nicholls, C. (2000). Bases agroecológicas para una agricultura sustentable, en *Agroecología. Teoría y práctica para una agricultura sustentable*. México: Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires en Benencia, R.; Quaranta, G. y Souza Casadhino, J. (Coords), *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires: Ciccus, pp.85-110.
- Blanco, M. F. y Ohanian, M. J. (2020). Objetos y Cosas Cotidianas sobre la mesa: una experiencia colectiva y etnográfica en *Periferia*, revista de recerca i formació en antropologia, 25(1), pp. 298-308.
- Myers, F. y Kirshenblatt-Gimblett, B. (2020). Arte y cultura material una conversación con Annette Weiner, Traducción de Blanco Esmoris, M. F.; Faccio, Y. y Ohanian, M. J. en *Publicar*, Año XIV, N° XXVIII, pp- 71-111.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1999). Primer caso práctico: la doble verdad del obsequio en *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Godelier, M. (1998). De las cosas que se dan, de las que se venden y de las que no hay que dar ni vender, sino guardar y El legado de Mauss en *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.
- Lefort, C. (1998). El intercambio y la lucha de los hombres en *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, C. (1977). Introducción a la obra de Marcel Mauss en *Sociología y Antropología*. Madrid: Taurus.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el Don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz.
- Merleau-Ponty, M. (1964). De Mauss a Lévi-Strauss en *Signos*. Barcelona: Seix-Barral.
- Paul R. (2007). La lucha por el reconocimiento y la economía del don, Traducción de Marchesino, C. en *Revista de Filosofía*, n°21, pp. 24.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Weiner, A. (1992). *Inalienable possessions. The Paradox of Keeping-While-Giving*. Oxford: University of California Press.

---

**Abstract:** The first time I met the people who form an association of horticultural producers in a Florencio Varela neighborhood, we made a visit to their farms. The idea of the visits is that everyone knows how, what and when it is time to raise the products they are planting. It is also the time when each one allows himself to give advice to others. That afternoon Ernestina's fifth got all the applause, which is also given after the advice: her aubergines, chili peppers, tomatoes, lettuce, ancós and sweet potatoes exploded, all ready to lift, that is, to be harvested. There is, however, a crop that she does not call a product

and that is maize from Bolivia. At the end of the rows of the hectare planted with it, a long furrow rose protectively on the flat ground: that one? We asked her. *That is maize from Bolivia*, Ernestina told us with her shrewd and brilliant smile. Can Ernestina's cornstarch be saved because it belongs to her land and become a "living barrier", a powerful benefactor technique that cares for other crops in the agro-ecological production system that she set up on the farm that she is renting? This is a reflection on how my first field situation began to become entangled, like Ernestina's maize in the middle of the furrows, with the work that during 2020 we held in the Study and Work Group on Everyday Things in which I have participated since 2019 and in which we embarked on the path of knowing the work of Anette Weiner. In that mess something appeared that she would not have been able to notice if she had not read Anette Weiner: that which is not a product for Ernestina.

**Keywords:** Corn - agro-ecological production - migrations - symbolism - material culture.

**Resumo:** A primeira vez que conheci as pessoas que formam uma associação de produtores de horticultura no bairro Florencio Varela, fizemos uma visita às suas fazendas. A ideia das visitas é que todos saibam como, o quê e quando é a hora de levantar os produtos que estão plantando. É também o momento em que cada um se permite aconselhar os outros. Naquela tarde, o quinto de Ernestina recebeu todos os aplausos, o que também ocorre após o conselho: suas berinjelas, pimentões, tomates, alface, ancós e batata-doce explodiram, prontos para levantar, ou seja, para serem colhidos. Há, porém, uma cultura que ela não chama de produto e que é o milho da Bolívia. No final das fileiras de seu hectare plantado, um longo sulco se erguia protetoramente sobre o terreno plano: e aquele? *É o maicito da Bolívia*, disse-nos Ernestina com seu sorriso astuto e brilhante. Será que o amido de milho de Ernestina pode ser salvo porque pertence à sua terra e se tornar uma "barreira viva", uma poderosa técnica benfeitora que cuida de outras safras no sistema de produção agroecológico que ela instalou na fazenda que aluga? Esta é uma reflexão de como a minha primeira situação de campo começou a se enredar, como o milho da Ernestina no meio dos sulcos, com o trabalho que durante 2020 realizamos no Grupo de Estudo e Trabalho do Cotidiano do qual participo desde 2019 e no qual embarcamos no caminho de conhecer a obra de Anette Weiner. Nessa bagunça apareceu algo que se eu não tivesse lido Anette Weiner não teria percebido: aquilo que não é produto da Ernestina.

**Palavras chave:** Milho, produção agroecológica, migrações, simbolismo, cultura material.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo]

---